

CARTA PASTORAL

ESPERANZA NUESTRA

✠ **Francisco Cerro Chaves**
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Con ocasión de la **Coronación Canónica** de «Ntra. Señora la Virgen de la Esperanza», Patrona de Lillo, y la apertura de un **Tiempo Jubilar** en la iglesia parroquial de «San Martín de Tours»





CARTA PASTORAL

A LOS SACERDOTES, DIÁCONOS, SEMINARISTAS, MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA, FAMILIAS, JÓVENES, ADOLESCENTES, NIÑOS, A LA COMUNIDAD PARROQUIAL DE «SAN MARTÍN DE TOURS», DE LILLO, Y A LOS FIELES LAICOS DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

«ESPERANZA NUESTRA»

**Con ocasión de la Coronación Canónica de
«Ntra. Señora la Virgen de la Esperanza»,
Patrona de Lillo, y la apertura de un Tiempo Jubilar
en la iglesia parroquial de «San Martín de Tours»**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

Edita: Parroquia de Lillo
Toledo, 2026.

Introducción

«Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra...»¹. Desde hace siglos, estas palabras brotan espontáneamente de los labios del pueblo cristiano. Las repetimos quizá sin detenernos demasiado en su hondura, pero contienen una de las confesiones de fe más bellas de la tradición de la Iglesia. Al llamar a la Santísima Virgen «Esperanza nuestra», los cristianos no ponemos en María la confianza que pertenece únicamente a Jesucristo, nuestra única esperanza (cf. 1 Tm 1,1). Confesamos, más bien, que en ella contemplamos el reflejo más puro de la fidelidad de Dios, la mujer que acogió la Promesa, permaneció firme en la hora de la Cruz y recibió con toda la Iglesia la alegría de la Resurrección.

La próxima coronación canónica de la Santísima Virgen de la Esperanza Patrona del pueblo de Lillo, comunidad parroquial de nuestra Archidiócesis de Toledo, constituye, por ello, mucho más que el reconocimiento de una antigua y entrañable devoción mariana, un impulso al inicio de este nuevo curso que vivimos de Sínodo.

Quizá no exista una palabra más necesaria para nuestro tiempo que esta: **esperanza**. Vivimos en una sociedad capaz de alcanzar logros extraordinarios en el campo de la ciencia, de la técnica o de las comunicaciones. Sin embargo, esos avances conviven con un creciente sentimiento de incertidumbre. Muchas personas experimentan el cansancio de vivir, el miedo al futuro, la soledad, la dificultad para encontrar un sentido que sostenga la existencia, dificultad para abrirse camino ante un nuevo panorama laboral o el desaliento ante los propios fracasos. También nuestras comunidades parroquiales conocen el peso de la fragilidad, la creciente despoblación de muchos de nuestros pueblos, la multiculturalidad, la disminución de las vocaciones no solo consagradas sino también respuestas a vivir con arrojo y gracia la vocación del matrimonio cristiano, la secularización y el desafío de anunciar el Evangelio en un contexto cultural profundamente cambiante.

¹ Salve Regina, antifona mariana: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve».

Y, sin embargo, precisamente en este momento resuena con una fuerza nueva la antigua invocación de la Iglesia: **«Esperanza nuestra»**.

Esta carta pastoral que nace del deseo de preparar espiritualmente la coronación canónica de la Virgen de la Esperanza y de ayudar a descubrir el profundo significado de ese título con el que el pueblo cristiano la ha invocado durante generaciones, quiere ir más allá. No pretende ofrecer una reflexión únicamente sobre la devoción mariana ni un tratado sobre la virtud de la esperanza, tampoco cerrarse en la realidad concreta de uno de los pueblos de nuestra diócesis. Quiere, ante todo, invitar a todos los fieles de nuestra Archidiócesis a redescubrir que la esperanza cristiana nace del encuentro con Jesucristo, se alimenta de la fidelidad de Dios y encuentra en María su expresión más luminosa entre las criaturas.

Solo quien descubre en qué o en quién puede apoyar verdaderamente su vida comprende por qué la Iglesia se atreve a llamar a la Madre del Señor: **«Esperanza nuestra»**.

I. Una herida en el ser del hombre

Antes de preguntarnos qué es la esperanza cristiana, conviene detenernos en una cuestión profunda: **¿por qué el hombre necesita esperar?**

No se trata de una pregunta reservada a la filosofía o a la teología. Es una pregunta que brota de la vida misma. Todo ser humano, consciente o inconscientemente, vive esperando. Espera el niño que comienza a descubrir el mundo; esperan los jóvenes que sueñan con construir su futuro; esperan los padres para sus hijos; esperan quienes luchan contra una enfermedad; espera quien ha perdido el trabajo; espera quien busca el perdón después de un fracaso; espera incluso quien afirma haber dejado de creer en toda esperanza.

La esperanza acompaña toda la existencia humana porque el hombre no ha sido creado para encerrarse en el instante presente. Vive orientado hacia un futuro que todavía no posee y hacia una plenitud que ninguna realidad limitada puede ofrecerle definitivamente.

Sin embargo, nuestra época parece marcada por una paradoja. Nunca la humanidad ha dispuesto de tantos recursos para mejorar las condiciones de vida y, al mismo tiempo, pocas veces ha experimentado con tanta intensidad el temor ante el futuro. El progreso técnico no ha eliminado la incertidumbre; la abundancia material no ha llenado el vacío del corazón; la velocidad de las comunicaciones no ha vencido la soledad. El hombre contemporáneo dispone de más medios que nunca, pero continúa preguntándose para qué vive y qué puede sostener su esperanza cuando todo parece derrumbarse.

Esta constatación no nace de una mirada pesimista sobre nuestro tiempo. La Iglesia contempla el mundo con gratitud por tantos signos de bien, de solidaridad y de generosidad que el Espíritu sigue suscitando. Pero precisamente porque ama al hombre, no puede dejar de escuchar también el clamor silencioso que atraviesa tantas vidas. No pocas personas viven con la impresión de que sus esfuerzos no conducen a ninguna parte, la experiencia en la carne de un pueblo que está sufriendo el poder de la injusticia y la aparente impotencia de vivir justamente, de que sus heridas no encontrarán respuesta o de que el futuro será inevitablemente peor que el presente.

Quizá ahí se encuentre una de las heridas más profundas de nuestro tiempo. No tanto el sufrimiento, que ha acompañado siempre a la humanidad, cuanto la sospecha de que ese sufrimiento carece de sentido y de horizonte. Cuando el hombre deja de esperar, corre el riesgo de dejar también de vivir plenamente.

¿Puede seguir esperando quien ha visto derrumbarse aquello en lo que había puesto toda su confianza? ¿Puede el hombre apoyar definitivamente su vida en algo que no pueda perder?

II. El nombre de esta herida: un corazón hecho para esperar

«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»².

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1, 1: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

El hombre no aprende a esperar; nace esperando. Antes incluso de conocer el significado de las palabras, su existencia se despliega como una apertura confiada hacia el otro. El niño espera ser acogido, espera desde el inicio ser alimentado y amado y quien envejece espera no perder el amor de quienes le rodean. Toda existencia humana está atravesada por la esperanza.

No se trata únicamente de una actitud psicológica. La esperanza revela algo más profundo: manifiesta quién es el hombre. Vivimos esperando porque no estamos hechos para quedar encerrados en lo inmediato. Ningún logro, por importante que sea, consigue apagar definitivamente el deseo del corazón. Siempre permanece un horizonte más amplio, una promesa aún no plenamente alcanzada, una plenitud que intuimos y que seguimos buscando.

Esta experiencia, tan universal como cotidiana, no es un defecto de nuestra naturaleza. Tampoco es el signo de una insatisfacción enfermiza. Es, por el contrario, una de las huellas más hermosas de nuestra creación. Dios ha puesto en el corazón humano una capacidad que ninguna realidad limitada puede colmar por completo. Hemos sido creados para la comunión con Él y, por eso, todo bien auténtico que encontramos en el camino despierta gratitud, pero también un deseo de plenitud que permanece abierto.

San Agustín expresó esta verdad con palabras que nunca han perdido su actualidad: «*Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*»³. Esa inquietud no es la condena del hombre; es su grandeza. Gracias a ella, el ser humano puede amar, buscar la verdad, entregarse generosamente y abrirse a la trascendencia. Cuando esa inquietud se apaga, no alcanza la paz, sino la resignación.

Quizá uno de los dramas de nuestro tiempo no sea haber perdido la capacidad de desear, sino haber reducido el horizonte de nuestros deseos. Con frecuencia esperamos solo aquello que puede comprarse, planificarse o alcanzarse con nuestras propias fuerzas. Y cuando esos bienes, legítimos y necesarios, no responden a las aspiraciones más

3 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1, 1.

profundas del corazón, aparece la frustración o el desencanto. No porque esos bienes sean malos, sino porque nunca fueron llamados a ocupar el lugar del Bien definitivo.

Por eso la esperanza cristiana no nace del desprecio de las esperanzas humanas, sino de su purificación y de su cumplimiento. Dios no destruye nuestros deseos más verdaderos; los ensancha. No nos invita a esperar menos, sino a esperar más. Nos conduce desde las esperanzas fragmentarias hacia la esperanza que no defrauda, porque tiene su fundamento en su propia fidelidad.

Pero, si el corazón del hombre está hecho para una esperanza tan grande, ¿dónde puede encontrar un fundamento que no defraude? ¿Existe una promesa capaz de sostener la vida incluso cuando todas las demás parecen desvanecerse?

III. La fidelidad de Dios sostiene la esperanza

La historia parece avanzar entre promesas y decepciones; entre comienzos ilusionantes y proyectos que se frustran; entre momentos de luz y largas noches.

También la Sagrada Escritura conoce esa experiencia. La Biblia no oculta la fragilidad del corazón humano. Al contrario, la convierte en el lugar donde Dios comienza su obra.

No encontramos en sus páginas una historia de hombres y mujeres que siempre supieron esperar, que nunca dudaron o que caminaron por la vida sin conocer el desconcierto. Encontramos, más bien, personas que experimentaron el miedo, la incertidumbre, el fracaso, la espera y, en ocasiones, el silencio de Dios. Hombres y mujeres que tuvieron que aprender, muchas veces en medio de la noche, que la fidelidad del Señor es más grande que la fragilidad de su corazón.

La historia de la salvación comienza precisamente ahí: allí donde el hombre descubre que no puede darse a sí mismo aquello que más necesita.

Y Dios no espera a que la humanidad haya alcanzado una madurez perfecta para acercarse a ella. Sale a su encuentro en su pobreza, en

su vulnerabilidad y en su búsqueda. La iniciativa es siempre suya.

La primera palabra de Dios al hombre no es una explicación. Es una llamada y una promesa: «*Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré*»⁴.

Abrahán escucha una palabra que abre ante él un futuro que todavía no puede ver. Dios no le entrega un mapa. No le ofrece seguridades humanas. Le pide que se ponga en camino confiando en una promesa. Y Abrahán comienza a caminar.

En él aparece una de las primeras grandes lecciones de la esperanza: **esperar es ponerse en camino confiando en una palabra que todavía no vemos cumplida.**

Abrahán no conoce todos los caminos que recorrerá, ni las dificultades que encontrará, ni siquiera cómo podrá cumplirse aquello que Dios le promete. Pero aprende poco a poco que la seguridad no está en controlar el futuro, sino en confiar en quien lo sostiene. Por eso san Pablo podrá contemplarlo como padre de todos los que creen y afirmar: «Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza»⁵.

Esta expresión —«creyó contra toda esperanza»— toca uno de los misterios más profundos de la fe. Hay momentos en los que esperar parece razonable porque las circunstancias acompañan. Pero hay otros en los que esperar exige algo más profundo que el cálculo humano: exige confiar en Dios.

También Israel tendrá que aprenderlo.

La liberación de Egipto será para el pueblo de Dios una experiencia fundante. El Señor escucha el clamor de los esclavos, interviene en su historia y los conduce hacia la libertad. Pero la tierra prometida no aparece inmediatamente ante sus ojos. Entre la liberación y la llegada se abre el desierto.

Y el desierto será una escuela de esperanza.

Allí el pueblo descubrirá que haber sido liberado no significa haber

4 Gn 12,1. *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

5 Rm 4,18. *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

llegado todavía. Tendrá que aprender a caminar, a esperar, a confiar cada día. El maná no se puede acumular indefinidamente. El agua llega cuando parece que ya no queda ninguna salida. La nube y la columna de fuego acompañan el camino sin revelar de una vez toda la ruta.

Dios educa así el corazón de su pueblo: enseñándole a vivir del don recibido y a confiar en el don que todavía espera.

También nosotros conocemos nuestros desiertos. Hay momentos en los que sabemos que Dios nos ha acompañado y, sin embargo, no alcanzamos todavía a comprender hacia dónde nos conduce. Hay enfermedades que no se curan cuando quisiéramos, heridas que tardan años en cicatrizar, familias cuya reconciliación parece imposible, vocaciones atravesadas por la oscuridad, proyectos que se derrumban y preguntas que permanecen sin respuesta.

En esos momentos podemos pensar que Dios está ausente, dormido.

Pero la experiencia bíblica nos enseña algo diferente: **el silencio de Dios no significa necesariamente ausencia de Dios.**

Quizá una de las formas más profundas de la esperanza sea precisamente aprender a reconocer la presencia de Dios cuando no podemos verla. Cuando simplemente está presente en la barca y está dormido y no se nota su presencia, pero se sabe.

Israel tendrá que aprenderlo de una manera todavía más dolorosa. Llegará el tiempo del exilio, la destrucción de Jerusalén, la pérdida de la tierra y del templo. Lo que parecía firme se desmorona. Las promesas parecen contradichas por la historia. ¿Dónde está Dios cuando su pueblo ha perdido aquello que parecía garantizar su presencia?

La Escritura no responde ocultando la herida. Los salmos lloran, preguntan y claman. Los profetas denuncian el pecado, pero también anuncian que la última palabra no pertenece al fracaso.

Precisamente cuando todo parece terminado, Dios vuelve a pronunciar una palabra de futuro.

«Pues sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción, daros un porvenir y una esperanza»⁶.

6 Jr 29,11. *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

La esperanza bíblica no consiste, por tanto, en negar la noche. Consiste en creer que la noche no tendrá la última palabra.

Esta es una enseñanza que necesitamos recuperar. La fe cristiana no promete una existencia sin heridas, ni una historia en la que todos nuestros proyectos saldrán adelante. Promete algo mucho más grande: que ninguna herida, ningún fracaso y ninguna noche quedan fuera del alcance de la fidelidad de Dios.

Él puede abrir un camino allí donde nosotros solo vemos un muro. Puede hacer brotar vida donde nosotros solo descubrimos ruinas. Puede convertir incluso nuestros pecados en ocasión de encuentro con Él.

Por eso la historia de la salvación es también la historia de una esperanza que se va purificando. Al principio esperamos bienes concretos; poco a poco aprendemos a esperar al mismo Dios. Al principio deseamos que cambien las circunstancias; después descubrimos que necesitamos, sobre todo, que nuestro corazón sea sostenido en medio de ellas.

Y así, generación tras generación, Dios prepara a su pueblo para una promesa definitiva.

Los profetas comienzan a anunciar un día nuevo. Hablan de una alianza nueva, de un corazón nuevo, de una luz que vencerá las tinieblas. La esperanza deja de mirar solamente hacia una tierra, una ciudad o una liberación temporal. Empieza a esperar al mismo Dios que viene.

El Adviento nace en el corazón de esta espera.

Israel ha aprendido, después de siglos de historia, que la esperanza no consiste únicamente en aguardar que algo suceda. Consiste en esperar a Alguien.

Y cuando llega la plenitud de los tiempos, esa espera adquiere un rostro. La Promesa se hace carne. La esperanza entra en nuestra historia. Y el nombre de esa esperanza es **Jesucristo**. Y la puerta de acceso a nosotros ha sido una joven, una doncella, virgen embarazada: María.

IV. La esperanza tiene un rostro

«Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer»⁷.

Durante siglos, el pueblo de Israel había aprendido a esperar. Había conocido la esclavitud y la liberación, el desierto y la tierra prometida, el exilio y el regreso. Había aprendido, a través de muchas noches, que la fidelidad de Dios es más grande que la fragilidad del hombre. Los profetas habían mantenido encendida la esperanza anunciando una luz que habría de vencer las tinieblas.

Pero llegó un momento en que la esperanza dejó de ser solamente una promesa.

La Promesa se hizo carne. Dios no se limitó a decir al hombre que su futuro sería distinto. Entró Él mismo en nuestra historia. La esperanza adquirió un rostro, un nombre, una voz: **Jesucristo.**

Esta es la novedad radical de la esperanza cristiana. No esperamos, en último término, que las circunstancias cambien; esperamos porque hemos encontrado a una Persona que ha entrado en nuestra vida y que permanece con nosotros. Por eso san Pablo puede llamar a Cristo «esperanza nuestra»⁸.

Jesús no vino a ofrecernos una evasión de la realidad. Entró plenamente en ella. Conoció la alegría y el cansancio, la amistad y el rechazo, las lágrimas y la soledad. Conoció el sufrimiento hasta el extremo. Por eso podemos confiar en Él: **no es un Dios lejano a nuestras noches; es el Dios que ha querido atravesarlas con nosotros.**

La Cruz revela hasta dónde llega esta cercanía. Hay una hora en la que todo parece fracasar. El Maestro es rechazado, los discípulos huyen y Aquel que había anunciado el Reino termina clavado en una cruz. Desde fuera, parece que la esperanza ha sido derrotada. Y, sin embargo, precisamente allí Dios lleva su amor hasta el extremo.

La Cruz nos enseña que el fracaso no tiene necesariamente la última

⁷ Ga 4,4. *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

⁸ 1 Tm 1,1: «Cristo Jesús, esperanza nuestra». *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010

palabra. Que Dios puede estar actuando incluso allí donde nosotros solo vemos oscuridad. Que ninguna herida queda fuera del alcance de su misericordia. Pero la Cruz no es la última palabra. **Cristo ha resucitado.**

La mañana de Pascua revela definitivamente el fundamento de nuestra esperanza. No esperamos porque la historia nos asegure que todo terminará bien. Esperamos porque Dios ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos. El sepulcro vacío es la respuesta de Dios a todas las noches de la humanidad.

Por eso san Pablo puede afirmar: «La esperanza no defrauda»⁹. No porque nuestra vida vaya a estar libre de sufrimientos, sino porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones y porque, en Cristo resucitado, nuestro futuro ya ha comenzado.

La esperanza cristiana no elimina las heridas de la historia. Las atraviesa con una certeza nueva. El Resucitado conserva las llagas de su Pasión: no han desaparecido, pero han sido transfiguradas. También nuestras heridas pueden convertirse, en las manos llagadas de Dios, manos traspasadas del Resucitado.

Por eso el cristiano no vive huyendo del presente, sino caminando hacia el futuro desde una certeza que ya posee. Cristo ha vencido la muerte y nos ha abierto un camino hacia la vida que no termina.

Por eso podemos volver a empezar cuando hemos caído. Podemos permanecer fieles cuando llega la prueba. Podemos acompañar al que sufre. Podemos perdonar. Podemos trabajar por la paz. Podemos mirar la muerte sin desesperación. No porque seamos fuertes. Sino porque **Él es fiel.**

Y si Cristo es nuestra esperanza, entonces la esperanza no puede quedarse en el interior del corazón. Tiene que convertirse en una manera nueva de vivir. Todavía existe el sufrimiento. Todavía lloramos. Todavía morimos. Todavía esperamos la venida definitiva del Señor. Pero algo ha cambiado para siempre: **el futuro de Cristo resucitado se ha convertido en la promesa de nuestro propio futuro.**

⁹ Rm 5,5. *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

Ante el dolor o la desorientación que vivimos, puede aún anidarse en el corazón la siguiente pregunta: ¿realmente Cristo puede afectar tanto a nuestra vida? ¿realmente abrir la puerta a Cristo Jesús y encontrarnos con Él puede transformar y mejorar la vida?

V. Una esperanza que se hace pueblo

La esperanza, cuando arraiga en el corazón de un hombre, termina haciéndose vida. Y cuando arraiga en el corazón de un pueblo, puede llegar a formar su memoria, sus costumbres y su manera de mirar la existencia.

Hay una sabiduría de la fe que se transmite de generación en generación sin necesidad de grandes palabras: una imagen ante la que se reza, una fiesta que se celebra, un camino que se recorre, una Madre a la que se acude en la alegría y en el dolor.

La devoción popular es, muchas veces, la memoria viva de una esperanza recibida.

Así ha sucedido en Lillo con la Virgen de la Esperanza. Su presencia ha acompañado la vida de generaciones y ha ido formando la identidad creyente de este pueblo. Ante Ella se han puesto las alegrías y las preocupaciones, las familias y los proyectos, las súplicas y la acción de gracias. Y de padres a hijos se ha transmitido algo más que una tradición: la confianza en que en esta vida nunca caminamos solos. Hay una presencia divina, y junto a esta una presencia maternal.

Esta devoción tiene **dos lugares y dos celebraciones destacadas.**

La capilla de la Virgen, con el retablo recientemente levantado por la fe y el amor de sus fieles, situada en la iglesia parroquial de San Martín de Tours; **y su ermita** en el paraje de Dancos, memoria de un poblado desaparecido. Una acompaña la vida cotidiana del pueblo; la otra recibe al pueblo que peregrina. La primera es el lugar donde la Virgen de la Esperanza permanece en medio de la comunidad; la segunda invita durante la última semana de Pascua a ponerse en camino.

Y las dos grandes celebraciones de la Virgen parecen así dibujar también dos momentos de una misma esperanza.

Cada 8 de septiembre, Lillo celebra la Natividad de María y su fiesta patronal. La imagen que venera Lillo nos lleva más allá de la fiesta: María aparece como la Virgen que ha concebido y espera el nacimiento de Cristo, el Salvador. En Ella, lo que Dios ha prometido ya está presente, aunque todavía no se haya manifestado plenamente. María nos enseña así que esperar no es vivir de una ilusión futura, sino **custodiar con confianza aquello que Dios ya ha comenzado.** Verdad que celebra con su **Solemne Eucaristía** y medita **en sus pasos de procesión** recorriendo las calles del pueblo en la noche.

Y cuando se aproxima Pentecostés, el pueblo vuelve a ponerse en camino hacia su ermita, su primera casa. Allí, durante esos días, los hijos de Lillo y otros pueblos se reúnen bajo la mirada de su Madre, como aquella primera comunidad que, junto a María, esperaba la promesa del Padre.

Llegada la última noche de ese octavario, a su regreso, esta verdad parece hacerse visible. Después de permanecer una semana fuera de la que hoy es su casa, la Virgen vuelve al pueblo. Es el atardecer del domingo de Pentecostés. Salen a recibirla su esposo san José, san Isidro, protector del trabajo de mayor peso en esta villa, los estandartes de las hermandades y todo el pueblo fiel pastoreado por su párroco. Todos la acompañan con cantos mientras se acerca a su Iglesia, como aquella otra vez El Rey David danzando acompañaba al Arca.

Entonces, bajo el arco de madera preparado para recibirla y vestido en flores, sucede algo que parece detener por un instante el paso de los años: a la vez que se lanzan cantos y pétalos de rosa, desciende suavemente sobre María y sobre su pueblo, desde lo alto del arco, una paloma de seda rodeada de flores. Una imagen viva, actual de aquella que recogen los Hechos de los Apóstoles cuando también permaneció junto a los Apóstoles esperando el cumplimiento de la promesa del Padre.

Es el momento en el que se muestra el nacimiento de la Iglesia. La esperanza de María se hace entonces esperanza de la Iglesia. **Es Pentecostés.** La escena tiene una fuerza que casi no necesita explicación.

Es imagen que recuerda también la Encarnación. María entra en Lillo, y así como un día el Espíritu la cubrió con su sombra y engendró en ella

a Cristo, ahora junto a sus hijos desciende el Espíritu Santo renovando su fe y haciendo presente a Cristo en la vida de sus habitantes.

Quizá ésta sea una de las formas más hermosas en que Lillo expresa aquello que ha aprendido de su Madre: que esperar es permanecer abiertos a Dios, confiando en que Él cumplirá su promesa.

Dos fiestas. Dos lugares. Una misma esperanza.

Por eso la coronación canónica de Nuestra Señora de la Esperanza no viene simplemente a cerrar una historia de devoción. **Quiere abrirla al futuro.** La fe recibida pide ser entregada; **la esperanza que hemos heredado pide convertirse en esperanza para quienes vienen detrás.** Una tradición está verdaderamente viva cuando engendra esperanza nueva.

VI. Preparando una corona: un corazón dispuesto

Lillo, como tantos otros pueblos marianos de nuestra diócesis, encontrarán en María un camino seguro hacia Jesucristo, nuestro Salvador. En la tradición mariana de nuestra Iglesia de Toledo, y con el espíritu de san Ildefonso, queremos ser siervos de la esclava del Señor, para aprender de ella a escuchar su Palabra, acoger su voluntad y vivir enteramente para Él.

Y ella no es solamente la Virgen que un pueblo ama y venera, sino la mujer que nos enseña a esperar.

En Nazaret recibe una palabra que no puede comprender enteramente. No conoce el camino que se abre ante Ella ni sabe cómo se cumplirán las promesas que acaba de escuchar. Pero se fía. Su «hágase»¹⁰ es el comienzo de una vida entregada a Dios sin conocer de antemano todos sus caminos.

Después vendrán los años ocultos, las palabras guardadas en el corazón y las cosas cuyo sentido irá descubriendo poco a poco. Y llegará también la Cruz, cuando todo parezca contradecir aquella primera promesa.

¹⁰ Cf. Lc 1,38: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, BAC, Madrid 2010.

Y vemos a la Virgen permanecer. No porque comprenda, no porque tenga respuestas. Permanece porque sigue confiando.

Y después de la Pascua permanece nuevamente con los discípulos, esperando la promesa del Espíritu. En Pentecostés, aquella que había acogido al Salvador espera con la Iglesia el don que la hará nacer y caminar.

Así, toda la vida de María queda atravesada por una misma actitud: fiarse de Dios.

En Ella contemplamos que la esperanza no consiste en conocer el camino, sino en saber en quién hemos puesto nuestra vida.

Por eso María es para nosotros mucho más que un signo de esperanza. En Ella contemplamos ya realizado aquello que nosotros todavía esperamos.

Por eso podemos llamarla «Esperanza nuestra». No porque ocupe el lugar de Cristo, sino porque toda Ella conduce hacia Él. **María es la mujer que nos muestra que Dios lleva a término lo que comienza.**

Desde este pequeño pueblo, desde su ermita en “Dancos” y desde la capilla de su parroquia, desde sus fiestas y sus caminos, desde la fe sencilla de quienes nos precedieron y la esperanza de quienes vendrán, María sigue pronunciando la misma invitación: **confiad en Dios.**

El lirio que custodia en su mano, somos nosotros, el pueblo que la ama y confía. Somos el fruto de su esperanza que cada momento Ella, la Madre, presenta ante su Hijo.

Agradezco a este pueblo su amor a María y junto a ellos también a su párroco, a quien aliento en esta tarea ardua y hermosa de servicio y honra a la Santísima Virgen y de enardecer las almas de sus hijos.

Precisamente por esto, la preparación no puede reducirse a disponer una celebración solemne. **La coronación, que celebraremos, Dios mediante, a finales de agosto de 2029,** ha de ser el fruto visible de una renovación más profunda: que Cristo reine de nuevo en los corazones y que María nos enseñe a vivir como discípulos suyos.

En este camino, **vuestro párroco y yo queremos caminar con vosotros y ofreceros un tiempo de gracia.** Lo abriremos con una **misión popular que lleve el Evangelio a las casas** y despierte la fe. Con esta misión renovaremos la piedad mariana en los distintos barrios, para que

la oración vuelva a reunir a vecinos y familias. Celebraremos también una **Semana Mariológica** que nos ayude a conocer mejor a la Madre del Señor y a amarla con una devoción más honda, iluminada y eclesial.

Al mismo tiempo, esta preparación habrá de **fortalecer la vida de la parroquia. Las catequesis y las propuestas nacidas del camino sinodal** nos ayudarán a escucharnos, a discernir juntos y a asumir responsabilidades concretas, para que niños, jóvenes, familias y mayores no sean espectadores, sino piedras vivas de una misma comunidad.

Esta renovación buscará también expresarse en signos que permanezcan. **Se elevará a la Santa Sede la solicitud de confirmación canónica de Nuestra Señora de la Esperanza como Patrona de Lillo y se propondrá al Ayuntamiento que la reconozca como Alcaldesa de la villa.** Pero el honor ofrecido a María sería incompleto si no se convirtiera en amor a los más frágiles. Por eso promoveremos una **iniciativa caritativa cuya recaudación se destine al Proyecto Mater.** La imagen de la Virgen de la Esperanza, que lleva en su seno al Salvador, nos invita a cuidar la vida naciente y a acompañar a las madres que atraviesan dificultades.

Todo ello no será una suma de actos, sino un único camino de fe. Vuestro párroco y yo os lo ofrecemos y, al mismo tiempo, os pedimos que lo hagáis vuestro. **La corona que pondremos sobre la imagen de María será verdadera si antes permitimos que Ella disponga nuestros corazones para Cristo.** Así, cuando lleguen los últimos días de agosto de 2029, no coronaremos solamente una imagen: daremos gracias por un pueblo renovado en la fe, más unido en la esperanza y más dispuesto para la caridad y la misión.

Y ahora todos nosotros, sus hijos, unidos podemos seguir respondiendo con las palabras de la Salve: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra»¹¹.

A Ti, Virgen de la Esperanza, confiamos a este pueblo de Lillo.

A Ti confiamos nuestra Archidiócesis.

A Ti confiamos nuestros caminos y nuestro futuro.

Llévanos siempre a Cristo, nuestra esperanza.

11 *Salve Regina*, antífona mariana.

ORACIÓN A LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

*Tierna Madre, Virgen de la Esperanza,
al preparar tu coronación,
en inquietud nuestro corazón,
acudimos a ti, a tu protección con filial confianza.
Sé nuestra Patrona,
sostén nuestra fe,
guía nuestros pasos
y llévanos siempre a Cristo,
nuestra única esperanza.
Une nuestros corazones en un mismo deseo
de comunión y fidelidad.
A ti confiamos nuestras familias,
nuestros niños,
nuestros jóvenes,
nuestros enfermos
y el futuro de nuestra parroquia y pueblo.
Que la vida de este pueblo sea para ensalzar tus glorias,
pues de ti María y de Cristo, Lillo quiere ser su pueblo fiel.
Y a una te rogamos y aclamamos:
¡Tú nuestra Reina has de ser!
Amén.*

Toledo, a 4 de octubre de 2026

*+ Francisco Cerezo Olvera,
Arzobispo de Toledo. Prud. de España*

